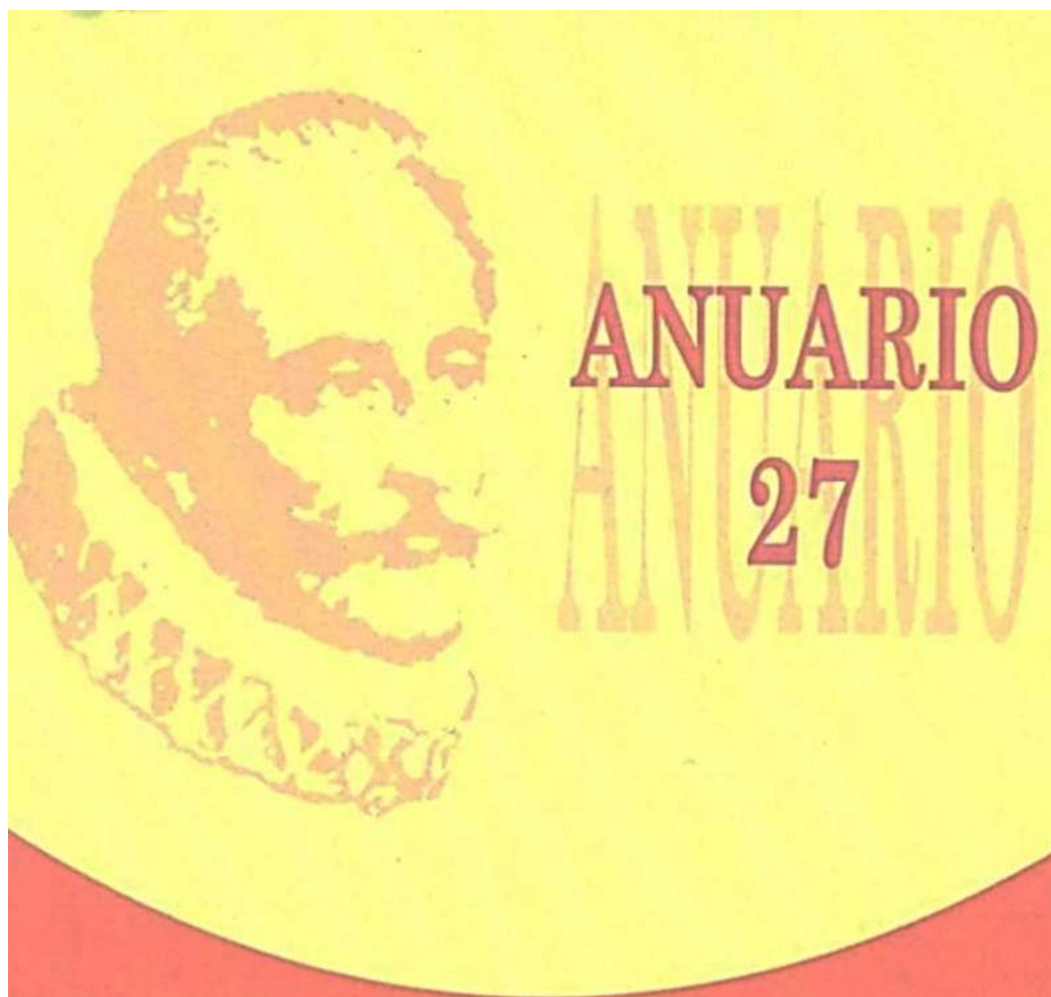




# ANUARIO 27

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

Correspondiente de la Real Española

■ La Paz, 2012

## ÍNDICE

### I. ENSAYOS Y TEXTOS ..... 13

1. Cultura e Identidad ..... 13
  - Raúl Rivadeneira Prada ..... 15
2. Italia en la cultura boliviana ..... 22
  - Pedro Shimose ..... 22
3. El retroceso de valores humanistas en medio de la democratización masiva ..... 32
  - Hugo Celso Felipe Mansilla ..... 32
4. Apuntes sobre la *nueva gramática de la lengua española fonética y fonología* ..... 58
  - José Mendoza Quiroga ..... 58

### II. DISERTACIONES ..... 103

1. Étimos grecolatinos en el español ..... 105
  - Mario Frías Infante ..... 105
2. Los caminos hacia Dios en mis dudas y esperanzas ..... 110
  - Armando Mariaca Valdez ..... 110
3. Las palabras en el río de Heráclito ..... 116
  - Blithz Lozada Pereira ..... 116
4. ¡Unonomás...! ..... 130
  - Raúl Rivadeneira Prada ..... 130
5. El habla culta ..... 135
  - Luis Urquieta Molleda ..... 135

### III. HOMENAJES ..... 145

1. Homenaje en el centenario del nacimiento del Académico Oscar Cerruto ..... 147
  - La muerte mágica ..... 148
    - Carlos Castañón Barrientos ..... 148
  - Mito e historia en un poema de Oscar Cerruto ..... 151
    - Jaime Martínez-Salguero ..... 151

# LAS PALABRAS EN EL RÍO DE HERÁCLITO<sup>1</sup>

Blithz Lozada Pereira<sup>2</sup>

Los necios se excitan con cualquier palabra.  
Heráclito, Fragmento. 87.

El propósito de esta exposición es poner en evidencia que desde los albores de la cultura occidental existió, aunque no siempre como una filosofía estimada, la concepción relativista, fluida y nominalista que visualiza a las palabras como recursos frágiles y escurridizos que muestran la ligereza de las cosas. Se trata de una concepción sobre el lenguaje y la realidad que asume que la única verdad que permanece en la vorágine de la historia, es que no existe verdad definitiva, que las palabras son modas y acuerdos, y que pese al empecinamiento de creer en un orden regular del mundo, de establecer el isomorfismo entre la gramática y el ser de las cosas, todo *es* y *no es*. Según esta noción que a veces ha sido identificada como *dialéctica*, todas las cosas llegan a ser y se desvencijan inmediatamente, de todo se puede predicar algo y también se debe ostentar lo contrario, y siempre las palabras tienen un sentido solapado, restringido, contextual y temporal.

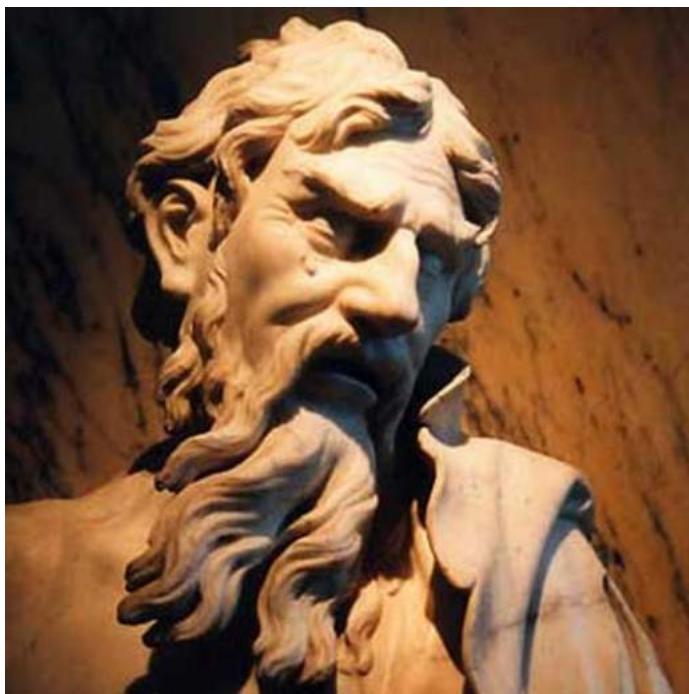
Referirse a las palabras desde el punto de vista de la filosofía del lenguaje, implica también tener una concepción sobre la realidad. Gran parte de los discursos prescriptivos que incluyen la moral y la política, adquieren sentido imperativo, es decir, se vuelven órdenes que condicionan la acción, gracias a sus contenidos esencialistas o finalistas. Así, las frases que presentan la forma “tú tienes que hacer esto” o “tú no debes hacer esto otro”, se basan esencialmente, en un fundamento intemporal identificado con la substancia del bien, o se basan en discursos que hablan del valor que tiene construir un mundo idílicamente utópico. Al destruirse las visiones de la substancia de las cosas y los discursos teleológicos, las frases prescriptivas también se desploman y para la racionalidad instrumental en varios casos no exenta de astucia instantánea, querer decir a los demás qué deben hacer, sea por la moral o una pretendida *revolución*, pierde fuerza directiva. Así, actitudes severas contra

---

<sup>1</sup> Este texto es una exposición de Blithz Lozada ante la Sesión Plenaria de la Academia Boliviana de la Lengua llevada a cabo el 22 de febrero de 2013. Los interesados que deseen acceder gratuitamente a contenidos del autor relacionados con la temática, pueden recurrir a la siguiente página web: [www.cienciasyletras.edu.bo](http://www.cienciasyletras.edu.bo). En la página encontrarán publicaciones sobre filosofía e historia, que se difunden como libros y artículos en revistas especializadas.

<sup>2</sup> Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua asociada a la Real Academia Española. Docente emérito de la Universidad Mayor de San Andrés e investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Ha publicado 18 libros y escrito 60 artículos para revistas especializadas, publicando artículos periodísticos en formato físico y electrónico. Licenciado en filosofía con estudios de economía. Maestría en gestión de la investigación científica y tecnológica, y maestría en filosofía y ciencia política. Diplomado en educación superior y ciencias sociales. Fue director del Instituto de Estudios Bolivianos, del DIPGIS de la UMSA y del Departamento de Relaciones Internacionales de esa Universidad; también miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Universitaria Boliviana y de la Central Obrera Boliviana.

gestos dogmáticos y palabras ambiguas que siempre connotan varios sentidos, carecen de efecto movilizador, pero también son estériles para cualquier manipulación.



Esto disgusta y a veces repugna a quienes tienen compulsiones dogmáticas y crípticas intenciones autoritarias soñando en secreto ser algún tipo de mandamás. Se esconden detrás de disfraces que los muestran apareciendo en el escenario de la historia como portaestandartes de la verdad. Claro, presumen con palabras que aparecen como los pendones de lo que representan: la verdad del ser y las cosas que estas personas presentan desentrañando sus secretos. Se trata según el caso, de discursos moralistas, a veces rebosantes de una moralina asfixiante; de discursos religiosos hoy frecuentemente articulados con fanatismo exaltado; o de discursos políticos, repetidamente encapsulados en las trampas de la utopía. Dejar de creer en la gramática, en esa gramática normativa que esconde pulsiones autoritarias y de poder, es dejar resbalar las palabras para que expresen con ligereza y ambigüedad, los deslizamientos del ser que fluye y resbala hacia ninguna parte, a pesar del malestar que exalta a muchos.

En Occidente, desde los albores de la filosofía en general; y, en particular, desde que comenzó a articularse el pensamiento ontológico y la filosofía del lenguaje, ha existido una visión que relativiza las palabras, una concepción que visualiza los términos como instrumentos ambiguos, multivalentes y referentes anfibológicos. Las palabras son partículas en suspensión que navegan en el río de la realidad, sin detenerse, siendo siempre distintas de acuerdo al tramo por el que nadan, a veces pluvioso, a veces sometido a un clima calmo o a otro tormentoso, pero siempre siguiendo alguna corriente y muchas vicisitudes, al lado de los demás componentes del turbión del cambio o las aguas mansas de



la estabilidad relativa, donde de una y mil formas aparece en movimiento, la constitución irrefrenable e indefinida de las cosas que llegan a ser, son de alguna forma, se desarticulan, se destruyen, renacen y se recrean en la multiplicidad abrumadora e infinita del ser. Si nada es definitivo, si no existe un final ni meta alguna trascendental, si los procesos llevan a innumerables estadios azarosos sin relevancia, valor ni jerarquía; entonces no sólo los discursos prescriptivos dejan de tener fuerza compulsiva para dirigir la acción de los demás, sino que inclusive todo discurso, incluidos por ejemplo, los de la ciencia, la religión y la filosofía, se convierten en relativos, circunstanciales y apenas, vagamente nominales.



En la filosofía occidental, una imagen temprana que ha mostrado la labilidad de las palabras y el flujo eterno y azaroso del ser, es la metáfora del río. Colocar las palabras en el río infinito del ser sin hundirlas, dejarlas flotar en la corriente nunca inmóvil de la realidad; saber que lo que las palabras connotan son referentes temporales ambivalentes en el flujo temporal que todo lo devora, comprender que las palabras son seres vivos que dan a luz nuevos términos, pero que indefectiblemente sobre ellas pesa el designio de la muerte; ha sido una labor filosófica de algunos pensadores de cierta tradición occidental rebosante de nominalismo, desde hace varios siglos antes de Cristo hasta la actualidad. Un filósofo destacado, curiosamente imperecedero por su prédica de que todo está orientado a morir y a renacer, un pensador griego notable por su visualización del río como metáfora de la realidad y del lenguaje, es sin duda, Heráclito.

Heráclito tuvo relevancia en Éfeso a finales del siglo VI a.C. Siendo heredero del cargo de *basileus* gracias a su padre, cedió sus prerrogativas a su hermano. Se trata de un filósofo

melancólico, un hombre apartado de la sociedad, solitario y misántropo. Despreciaba al vulgo y a sus coetáneos, quienes para evitar que alguien destacase entre ellos, condenaron a Hermodoro al ostracismo. También criticó con dureza a algunos prominentes personajes del pasado griego como Homero y Hesíodo, y a ciertos escritores contemporáneos de él mismo, por ejemplo, a Pitágoras.

De Homero, dijo que debería ser azotado por ser un poeta tonto que rogaba a los dioses por la destrucción del universo. Ésa sería, según Heráclito, la consecuencia de los ruegos homéricos porque termine la oposición y la discordia en el mundo. Claro, para Heráclito, la confrontación era el escenario universal de ser de las cosas. De otros pensadores, criticaba su superficial erudición, creyendo que ninguno lograba entender el sentido profundo de las cosas, dándose en algunos, veladas intenciones de engañar a su auditorio o a sus discípulos.

Los fragmentos que se conservan del filósofo de Éfeso, rebosan de un estilo críptico y ambiguo, que dio lugar a que se lo conociera como ó σκοτεινός (*el oscuro*). De cualquier forma, al parecer, su talante no se dio de forma casual o azarosa. En Heráclito, son sugestivos algunos gestos supuestamente religiosos y panteístas, aunque siempre teñidos de un grueso barniz filosófico que enlaza lo múltiple con lo uno en una concepción estructural e infinita del cambio y el movimiento.

Heráclito prefería jugar con los niños, que carecen de fatuidad ante la vida, en lugar de intentar instruir a personas sordas a cualquier mensaje que el sabio pudiera regalarles. El vulgo, la masa, la muchedumbre no escucharía, tampoco podría hablar con propiedad. El vulgo según él, deambulaba embriagado, sosteniendo opiniones antojadizas y sin fundamento, soñando en estupideces, se excitaba con alguna palabra de moda y era anuente a que alguien lo lleve adonde la astucia de sus conductores le arrastren. Sus referentes culturales habrían sido la opinión de la multitud y las canciones populares, sin que se cultive entre ellos, salvo en muy pocas excepciones, gestos y gusto verdaderamente nobles.

La conciencia de su sabiduría, hizo que Heráclito sea incomparable a la pequeñez moral y espiritual del populacho. Pero para él, no era aceptable que su sabiduría se difumine en los insondables intersticios de una vida enigmática. Él aceptó su obligación de ofrendar su conocimiento, como sacerdote legítimo, a los dioses tutelares y, en primer lugar, a la diosa de Éfeso: Artemisa. Se trata de su *magnum opus*, el texto otorgado en depósito a la custodia del templo de Artemisa, al lugar sagrado que se constituyó en el más sobresaliente ejemplo icónico entre las siete maravillas del mundo antiguo.

Su sabiduría rumiada en soledad gracias al olímpico desprecio de la insensatez del vulgo, Heráclito la consagró en el templo de altísima magnificencia del mundo antiguo. Es la sabiduría negada a la mayoría de los hombres, pese a que “el pensar es común a todos”, sencillamente, porque la generalidad de los mortales se rehusaría a aceptar la verdad que devela el flujo del ser. Cuando se trata de poetas, Heráclito los deja en ridículo, mostrándolos perdidos en medio de sus alambicadas rapsodias, ruegos y metáforas, quedando condenados a desconocer lo que realmente debería importar descubrir a los hombres: la verdad del cambio.

El libro heraclíteo, περὶ φύσεως (*Sobre la naturaleza*), constituye la explicitación de la profunda verdad de lo Uno. Verdad asequible sólo a quienes disponiendo de la inteligencia para dejarse iluminar por los más brillantes rayos de la sabiduría del oscuro de Éfeso, comprendan y se solacen con las palabras más hermosas que hubo de expresar el más excelso de los hombres. Viviendo entre poetas y filósofos marcados por la estulticia, en medio del populacho atenido a oráculos engañosos y ocupado en suplicar a imágenes antropomórficas sordomudas; habitando Heráclito entre políticos que se empeñaban en borrar sus crímenes con sacrificios de sangre; en fin, en medio de quienes desconocían totalmente la naturaleza de los dioses, los héroes y las cosas, cualquier persona de sentido común parecería, entre tales ejemplares, un *sabio*. Con evidencia incontestable entonces, un hombre como Heráclito, cultivado en la reflexión de los más importantes asuntos del ser, sin duda, sería el más eminente de los mortales, pletórico de sabiduría egregia.

Éfeso, y en general, la patria grande, Jonia, fue un contexto marcado por la colonización persa, contra la que Heráclito no se manifestó. Al contrario, mostró cierta connivencia, presumiendo tal vez que lo que sucedía era lo que los jonios merecían dada su estulticia. Además, siendo la guerra, padre de todas las cosas, lo que fastidiaba al filósofo efesio sobremanera era que se considere como sabiduría profunda, la expresión de peregrinos y pegajosos sermones, rogando a los dioses por armonía, paz, concordia y estabilidad en el mundo. Lo que importunaba a Heráclito era la incompreensión y hasta el temor a la volátil sucesión de hechos en todos los planos de la existencia humana, le molestaba la carencia de inteligencia y la ignorancia de que el azar sea lo que prevalece en la ocurrencia de cualquier acontecimiento. Le enervaba también el moralismo cargado de prestigio y autoridad que se atenía a narraciones míticas para condicionar las acciones humanas ajenas, sometiéndolas a supuestos preceptos imperecederos.

Heráclito no era amigo de la democracia, despreciaba a los hombres y en especial a los efesios, se rehusó a brindarles normas de vida política y ética, e inclusive depuso sus prerrogativas religiosas de *basileus*, mostrando beneplácito por la invasión persa, que consideraba merecida, dada la estulticia de sus conciudadanos. No obstante, no se trata de alguien que procuraba algún tipo de ventaja política o económica con zalamería hacia Darío, el conquistador de Éfeso. Al contrario, habiendo recibido una invitación de dicho monarca en la que lo exhortaba a instalarse en su corte y a constituirse en “maestro” del rey, Heráclito la declinó.

El orgullo y la autovaloración de Heráclito alcanzaban tal grado, que inclusive en la oportunidad más ostensiva gracias a la que se pondría en evidencia su excelencia y se haría público el reconocimiento social que merecía, Heráclito la rechazó. Le escribió al rey invasor de forma breve y contundente. Hizo referencia que pese a la majadería, insultos, envidia, desmesura, vanidad e injusticia evidentes entre sus conciudadanos, él permanecía impassible y no necesitaba dejar su ciudad. Además, sería indigno que a su edad, cuando rondaba las cinco décadas, comenzase a buscar ostentación y grandeza, por lo que se veía obligado a excusarse ante el más poderoso de los reyes del mundo.

Además, molestaba al oscuro de Éfeso el desenfreno dionisiaco, que ocasionaba la pérdida de comprensión de las cosas y la imposibilidad de situarse ante la realidad. Por otra parte, le atraía el carácter cínico, polémico y beligerante de algunos poetas, como Arquíloco, que pese a que merecía ser azotado por su desenfreno, también debía ser celebrado por afirmar en medio del enfrentamiento y la mordacidad, su hombría y su valía de mercenario refocilado en las aras del poder: resultado logrado en la lucha de opuestos que necesariamente decanta una u otra forma de victoria.

La semblanza de Heráclito no puede dejar de señalar el desprecio del filósofo por las coartadas eruditas. Le repugnaba la constitución de círculos esotéricos de poder basados en el secretismo sobre supuestas verdades de la mayor importancia, silencio que debía mantenerse inclusive a costa de la vida. Rechazaba el esoterismo semi-religioso, el plagio místico, el engaño a incautos, la perversión de ideas profundas con fines prosaicos, el prestigio y la fama logrados gracias a la ausencia de escrúpulos y de nobleza, la ligereza en la composición de ideas falsamente propias y el ejercicio inicuo de la autoridad intelectual. La prevalencia de estos rasgos son los “demonios” (δαίμόνιον) que marcan la vida de los hombres, ante los que Heráclito levantó su voz estentórea de advertencia y de desenmascaramiento: “Demonios” del fatalismo que determina la índole de cada ser humano como hado, fatalidad o destino (*fate*).

La cita de Heráclito, “No se puede bañar uno dos veces en el mismo río” (Frag. 91) refiere su visión dinámica de la realidad. Nada es aprehensible de modo imperecedero y si las palabras objetivan las cosas, apenas es posible rozar la realidad de manera fugaz, una vez, como las aguas del río, porque al reparar en ella resulta que ya no es la misma. Las cosas no tienen un estado estable que permita articular palabras de modo definitivo, la fugacidad de su ser valida apenas un instante en el flujo de la historia humana, que permite decir algo específico de cada cosa. Al acabar de enunciar un aserto, las cosas ya no son lo que eran y se descubre inmediatamente que inclusive antes, cuando se las objetivó de algún modo, subsistían múltiples perspectivas e infinidad de sentidos que también cambian, que dan lugar a decir de cada una, algo diferente e incluso contrario, a lo ya aseverado.

Aparecer y desaparecer, ser y no ser, entrar y no entrar en el río de los procesos (Frag. 49a), implica estar presente o mostrarse ausente en la vorágine del cambio. En último término, es una opción que da igual, resolviéndose apenas el éxito o el fracaso de ciertas pulsiones azarosamente realizadas. Las palabras son y no son una herramienta de gobierno del mundo: permiten imposiciones y conquistas, fijan tipos de superioridad y jerarquía, ordenan el pensamiento y constituyen el ser de ciertos hombres por encima de los demás; pero si bien entusiastas discursos son asumidos y proclamados como la *verdad* de cualquier coyuntura, pronto se descubre la temporalidad de su valor en los límites del periodo.

En el escenario de la política, la volatilidad de los programas y las ideas se deshace y reconstituye con celeridad. Las más de las veces se descubre que los más conspicuos profetas son carcamanes prosaicos que se aprovechan de un auditorio ingenuo, encubriendo colectivamente intenciones veladas. Y como de una u otra forma terminan descubriéndose las intenciones, se precipita invariablemente la incredulidad en los discursos: las palabras también se diluyen en ideas obsoletas que exigen nuevos conceptos, demandan nuevas



utopías y piden otras máscaras para remozar el poder subyacente. Así, las palabras son un vehículo útil para la manipulación política; y, aunque terminan en desuso porque la insinceridad de las promesas ha sido descubierta, nuevamente, una y otra vez, se entretejen y re-constituyen otros discursos. De tal modo, entramos y no entramos, somos y no somos, hablamos y callamos, significamos y re-significamos una vorágine de relaciones sociales y políticas siempre fluidas, cada vez distintas en un proceso infinito e inane.

Heráclito repudiaba la actitud de los efesios, carente de gratitud hacia sus sabios y tendiente a igualar a todos con la paleta de la mediocridad. Tal cultura política fue caracterizada también por Aristóteles refiriéndose a la acción tiránica. Se trata de segar los talentos, expatriar la excelencia y nivelar a todos los hombres de la *polis* con el rasero del vulgo explayado en lo único que le puede ser propio: lo misérrimo, ínfimo y craso. Por lo demás, para Heráclito, al parecer, que un sabio considere que los hombres son “malos” en general, o que los desprecie, no debía obstar para que ellos reconociesen su talento y le prodiguen los honores que merecía.

En relación con el aforismo delfico, “conócete a ti mismo”. Heráclito señaló: “Yo ya me escudriñé a mí mismo”, dando a entender que habiendo consumado el saber antropológico y ético, estaba en condiciones de ahondar en el conocimiento profundo del mundo y de la naturaleza: el saber metafísico de la realidad siempre fluyente y en movimiento.

Las palabras están en el río de la temporalidad, tanto como la realidad es fluida y se agolpa entre remolinos, rápidos, piedras y escombros que la mueven de tumbo en tumbo. Son las cosas que se hacen, deshacen y rehacen en el torbellino del movimiento y el cambio, son los escenarios siempre nuevos, aunque nunca del todo distintos que resultan por el azar que confluye, enfrenta, choca, destruye y crea. Todo fluye y surge de la lucha de los contrarios. Éstos son los principios metafísicos de una verdad imperecedera ante los cuales toda palabra debe detenerse y concebirse a sí misma como otra partícula más en el río de la existencia, tan temporal y relativa como el resto.

Las diferentes apreciaciones de las cosas crean **valoraciones opuestas**. Es decir, algo vale y no vale de cierto modo, dependiendo de para quién tiene cierto valor. Algo en concreto, tiene para alguien una forma de ser que autoriza adjetivarla de determinado modo, no obstante, la adjetivación contraria también es válida sobre lo mismo si varía el sujeto que la aprecia. De este modo, para los asnos el oro no tiene valor y el alimento resulta lo más importante (Frag. 9); por otra parte, para retozar, los cerdos prefieren el cieno al agua (Frag. 13); y, finalmente, la misma agua de mar es potable y saludable para los peces, e impotable y mortal para los hombres (Frag. 13). Aquí aparece como necesario para hablar del mundo, recurrir a la figura literaria de oxímoron; es decir, sólo se puede comprender lo que las cosas son, explicitándose afirmativa y negativamente al mismo tiempo, cualquier predicamento de ellas, dependiendo del hablante referir alguna dualidad del objeto.

Otros fragmentos son todavía más enfáticos en mostrar la simultaneidad del ser y el no ser, remarcando la **dualidad de las cosas**. Algunos ejemplos al respecto son los siguientes textos heraclíteos: “El camino de las hélices de batán, recto y curvo es uno y el mismo” (Frag. 59); “El camino hacia lo alto y el camino hacia lo bajo es uno y el mismo” (Frag.

60); y “El bien y el mal son uno” (Frag. 58). Es interesante lo que señala el Frag. 59 en el texto griego: γραφῆων ὁδὸς εὐθεῖα καὶ σκολιὴ μία ἐστὶ, φησί, καὶ ἡ αὐτή. La palabra γραφῆων se interpreta como “escritura”, por lo que la traducción del fragmento sería: “El camino de la escritura es torcido y recto”. No obstante, en la obra de Hipólito que refiere el fragmento en cuestión (*Refutatio omnium haereseun*, IX, 10), la palabra es γραφείωι, que relacionada con una aclaración de Hipólito (usando la palabra κοχλίου), da lugar a ser traducida como “hélice de batán”, “batán”, “cilindro para cardar”, “rodillo de cardar”, “caracol”, “máquina apisonadora”, “tornillo de apretador”, “bomba en espiral”, e inclusive la traducción extemporánea por anticipada, “tornillo de Arquímedes”.

Que el “camino” que representa la *escritura* sea algo torcido y recto, muestra que el lenguaje es anfibológico para el filósofo oscuro. La alegoría del camino representa el movimiento que dibuja las letras, perceptible como curvo pero a escala infinitesimal también recto; recto en condiciones normales pero a escala astronómica, también curvo. Aquí, no obstante, no se trata solamente de lo que dos milenios y medio después se concebiría como la geometría no euclidiana; sino, se hace evidente a los ojos de la mente que se sumerge en las insondables profundidades del río de la realidad, que Heráclito mienta con la alegoría del camino, una imagen explícita de las palabras y el lenguaje: tan pronto conduce a un extremo de significado denotando la primera meta del camino como algo concreto, inmediatamente se descubre una connotación abrumadora. En lontananza más allá del punto de partida, el camino en su otro extremo denota lo opuesto a lo primero. Así, el “camino” de la escritura, la vía del habla y de las palabras, el lenguaje como particularidad humana es al propio tiempo, otro y el mismo: torcido y recto.

Respecto del Frag. 58, en la misma fuente de Hipólito, se presenta una idea complementaria a la unidad del bien y el mal, que son presentados tanto como idénticos como contrarios. Se trata de una imagen de lo que es uno gracias a otro: “Los médicos cortan, queman, torturan de todos los modos, y haciendo a los enfermos un bien que parece un mal, exigen una recompensa que casi no merecen”.

Otra manifestación de los contrarios en el río del lenguaje, se da cuando las palabras flotan mostrando su envés, en tanto que el revés de cada una es la palabra contraria que, curiosamente, aparece al mismo tiempo y también, de cierto modo, es la palabra semejante a la primera. Así, los términos envuelven al hablante y al oyente en dilemas y malos entendidos, haciendo patente a sus creadores y usuarios la discordia interna latente en todas las cosas. Los fragmentos 23 y 111 hacen manifiesto lo que la bivalencia explicada da lugar, como expresiones antitéticas ostensivas de conflictos subyacentes: “Si no hubiese injusticia, se ignoraría hasta el nombre de la justicia”; y, “La enfermedad hace agradable la salud; el hambre, la saciedad; la fatiga, el reposo”.

Hablar implica unir las partes de la realidad que aparecen como si estuviesen en desacuerdo consigo mismas, es constituir el entorno como una red histórica que se teje en el enfrentamiento interminable de lo que es y de lo que no es, mentando lo que nombramos y de lo que prescindimos, lo que comunicamos y lo que callamos, siempre como expresiones ambivalentes. No obstante, la mayoría de la gente “no sabe escuchar ni hablar” (Frag. 19),

y la situación que prevalece en la sociedad es la afirmación del antagonismo, puesto que “Es necesario saber que el conflicto es comunidad, que la disputa es justicia, y que todo llega al ser por la disputa” (Frag. 80).

Cabe, finalmente, referirse a la unión intrínseca y esencial de los contrarios que imposibilita hablar del mundo de modo discreto, determinante, unívoco, explícito y denotativo. No obstante, dado que los contrarios convergen, es decir, “lo que se opone, se une”; se concluye que “de las cosas diferentes nace la más bella armonía” (Frag. 8), y que es posible sugerir, insinuar, imaginar, connotar y mostrar las múltiples presencias de cada parte de la totalidad. Así, la comprensión que tiene el sujeto del río cuando está fuera de él, implica superar la limitación de no comprender que “lo que está en lucha consigo mismo puede estar de acuerdo como la unión de fuerzas contrarias”, tal y como se hace patente en la unión del arco y la lira (Frag. 51). Así, en definitiva, en la navegación infinita de las palabras que flotan, también se hace patente aunque como algo fulgurante, una luz instantánea que permite ver y hablar de las cosas intempestivamente, uniendo “lo completo y lo incompleto, lo convergente y lo divergente, lo consonante y lo disonante”. Así surge, como reza el Frag. 10, “de todas las cosas, una; y de una, todas”.

Los fragmentos 57, 88 y 126 son otras expresiones que ponen en evidencia el enlace esencial de los opuestos dando lugar a una sinestesia de la realidad, es decir a percibir con múltiples sentidos, a aprehender las dimensiones múltiples y a integrar lo diverso: “el día y la noche pues, son una cosa sola”. “Lo que está en nosotros es siempre uno y lo mismo: vida y muerte, vigilia y sueño, juventud y vejez; ya que por el cambio esto es aquello, y de nuevo por el cambio, aquello es esto”. “Las cosas frías se calientan, lo caliente se enfría, lo húmedo se seca, lo seco se vuelve húmedo”.

Es resumen, es interesante advertir que la única licencia para expresar aforismos, es decir, para develar la verdad subyacente y fundamental de las cosas, es entender que nada que se diga de ellas tiene valor absoluto. Heráclito declara ceremoniosamente, que lo único que se puede argüir con fuerza de verdad incontestable es que para hablar del mundo, para construir enunciados se debe concebir múltiples formas de oposición, infinidad de manifestaciones de la lucha de los contrarios y la infinita ambigüedad que se produce en la construcción, de-construcción y re-constitución de la realidad siempre fluida. Así, se advierte un desfile de formas que develan una trama flexible y polivalente, palabras que flotan en el río de Heráclito reflejando una anfibología semántica y múltiple, frases que curiosamente adquieren sentido sólo siendo oxímoron, figuras como la sinécdoque o la silepsis que integran la parte con el todo y abren diversos significados a un solo término, mutaciones dadas por anástrofe, metáfora o metonimia; retruécanos, paradojas, antinomias y estructuras para-lógicas multivalentes, todas fluyendo yuxtapuestas, sobrepuestas o encubiertas en el irrefrenable río azaroso del lenguaje.

## BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES.

*Ética nicomaquea. Política.* Trad. Antonio Gómez Robledo. Editorial Porrúa. Colección "Sepan Cuantos... 12ª ed. México, 1989.

*Política.* Trad. Julián Marías & María Araujo. Centro de Estudios Constitucionales. Colección Clásicos Políticos. Madrid, 1983.

*Constitución de Atenas.* En *Obras.* Trad. Francisco de Samaranch. Aguilar. Madrid, 1982.

BRUN, Jean.

*Heráclito o el filósofo del eterno retorno.* Trad. Ana María Aznar Menéndez. Editorial Edaf. Colección Filósofos de todos los tiempos. Madrid, 1976.

ELIADE, Mircea.

*El mito del eterno retorno: Arquetipos y repetición.* Trad. Ricardo Anaya. Alianza Emecé. 3ª edición. Madrid, 1980.

*Historia de las creencias y de las ideas religiosas.* En tres volúmenes. Vol. II: "De Gautama Buda al triunfo del cristianismo". Traducción de J. Valiente Malla. 3ª edición. Ediciones Cristiandad. Madrid, 1978.

*Herreros y alquimistas.* Alianza Editorial. 4ª reimpresión. Madrid, 1993.

FOULQUIÉ, Paul.

*La dialéctica.* Trad. Jordi García-Jacas. Ed. Oikos-Tau. Col. ¿Qué sé? Barcelona, 1979.

GAYTÁN, Carlos.

*Diccionario mitológico: Dioses, semidioses y héroes de la mitología universal.* Editorial Diana. 8ª impresión, México D. F., 1995.

GRAVES, Robert.

*Los mitos griegos.* En dos volúmenes. Traducción de Luis Etchavarri. Editorial Losada. Buenos Aires, 1967.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich.

*Lecciones sobre la filosofía de la historia universal.* Alianza Universidad. Trad. José Gaos. Madrid, 1982.

HEIDEGGER, Martin & FINK, Eugen.

*Heráclito.* Traducción de Jacobo Muñoz & Salvador Mas. Editorial Ariel. Primera edición. Barcelona, 1986.

HERACLITO

*Fragmentos.* Traducción de Luis Farré. Editorial Aguilar. Buenos Aires, 1977.

MENDIZÁBAL, Rufo; PEREZ PICÓN, C.; IBIRICU, F. & MUGURZA, M.

*Diccionario griego-español ilustrado.* En dos volúmenes. Editorial Razón y fe. Quinta edición. Madrid, 1995.

MONDOLFO, Rodolfo.

*Heráclito: Textos y problemas de su interpretación.* Traducción de Oberdan Caletti. Editorial Siglo XXI. 13ª edición. México, 2007.

PLATON.

*Diálogos.* Porrúa, Sepan cuantos. Introducción de Francisco Larroyo. 15ª ed. México, 1975.

TREJOS, Juan.

*La doctrina del eterno retorno y los avances de la ciencia.* Iberoamericana S.A. Madrid, 1964.

VARIOS AUTORES.

*Refranero, poemas, sentenciaro de los primeros filósofos griegos.* Trad. Juan David García Bacca. Madrid, 1972.